



OPINIÓN

LOS ENCAJES DEL AGUA

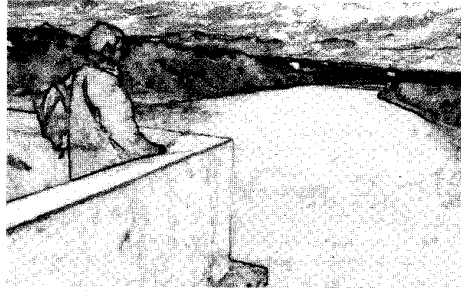
DESIDERIO
Vaquerizo *



Hace unas semanas, entre los comentarios de los lectores a la edición digital de mi artículo sobre La perla de Occidente, en alusión a Medina Azahara, hubo uno que consiguió emocionarme; no solo por el reconocimiento implícito en sus afectuosas palabras (que no reproduzco completas), sino por lo acertado de las mismas, y su sorprendente capacidad de síntesis a la hora de reflejar las claves esenciales de Córdoba: "El registro está en estas piedras milenarias que nos contienen, en la espuma de la luz entre los naranjos, en la sombra de las tardes de estío, en el silencio traspasado por el delicado encaje del agua. Esto no nos lo puede quitar nadie". Hermosísimo. Rafa (porque es así como firma su autor, como no podía ser de otra manera en esta ciudad-benedicida por el arcángel homónimo); tan poético como acertado. Y es que a veces se nos olvida que hay mucha gente con criterio que conoce muy bien su ciudad y sabe aún mejor lo que le conviene, a pesar de los avatares no siempre afortunados que protagoniza a diario. Comentarios así dotan de sentido a cualquier esfuerzo que hagamos por conservar nuestras señas de identidad, por recuperar los saberes y realizaciones materiales de cuantos nos precedieron en el tiempo, por legar a nuestros hijos lo más enjundioso de nuestra naturaleza, de aquello que nos define como conjunto urbano, como pueblo y como cultura (la síntesis de los cinco mil años de historia que, para disgusto de algunos, otros cargamos gozosamente a nuestras espaldas).

El agua es uno de los elementos definitorios del alma y las fragancias de Córdoba (su propio nombre parece significar justo eso), desde el principio de los tiempos. Primero, porque, como ya he comentado en alguna ocasión, esta

ciudad no existiría sin el río: nacimos con vocación de puente entre dos mundos, de nexo de unión entre culturas, de vía de comunicación determinante, capaz de traer y llevar ejércitos invasores, pero también riqueza, civilización, avances. Un río que, no obstante, representó durante siglos una amenaza para la ciudad. El viejo Baetis (más tarde al-Wadi-l-Kibir, o "río grande") no contaba, hasta la regulación de su cauce, con un caudal estable, sino que se alimentaba de torrentes, y esto lo convertía en una fuerza ingobernable de la naturaleza, capaz de arrastrar todo a su paso. Lo saben bien los cordobeses de más edad, muchos de los cuales recordarán sus famosas avenidas. El agua, tan necesaria para la vida, hubo, por tanto, de ser buscada fuera, y en esto los romanos, fieles a su carácter práctico, nos dieron, como siempre, una lección de funcionalidad. Una ciudad romana no lo era en la plena acepción de la palabra hasta que no contaba con un abastecimiento regular del líquido elemento, y Córdoba, consecuente con su rango de capital provincial, seguramente la ciudad más importante de Hispania, atendió de inmediato esta cuestión, dotándose de varios acueductos (primero, el *Aqua Ve-*



"Para gentes venidas del desierto, dar con un vergel de tales características, bien comunicado y de una infinita potencialidad estratégica, debió ser un regalo de Alá"

tus Augusta, en tiempos de Octaviano; luego, el *Aqua Nova Domitiana*, construido bajo la dinastía de los Flavios), que la convirtieron en un modelo al respecto.

Disponer de agua en tal cantidad y calidad (las captaciones se hicieron en los veneros del Bejarano y de Trasierra, orientados al norte, tal como, con buen criterio, prescribían los ingenieros de la época) suponía un componente de lujo, de prestigio añadido que Córdoba supo rentabilizar, facilitando el suministro regular

a espacios y edificios públicos (entre ellos, el anfiteatro, o más tarde el conjunto monumental de Cercadilla, que contaron con sus propios ramales de abastecimiento), viviendas, termas, jardines, y, por supuesto, fuentes. Los estudios desarrollados por algunos de mis colegas hablan de más de un centenar de ellas distribuidas por las esquinas del viejo núcleo romano. El rumor del agua, su frescura, sus encajes entre las brumas de la tarde, acompañan, pues, a los cordobeses desde hace

más de dos mil años.

Esta riqueza de las captaciones, las magníficas infraestructuras ya existentes, ese concepto de vida al abierto, presidida por espacios ajardinados y refrescantes que regaban numerosos arroyos y daban marco a la intimidad inviolable de la casa, dotada a su vez de pozos y vegetación vitales para el disfrute privado, fueron, entre muchos otros, criterios básicos para que los árabes, tras su desembarco en Tarifa, hicieran de Córdoba capital de al-Andalus. Para gentes venidas del desierto, dar con un vergel de tales características, bien comunicado y de una infinita potencialidad estratégica, debió ser un regalo de Alá. La ciudad pasó así de *Corduba* a *Qurtuba*, y su *Aqua Vetus Augusta* a acueducto de Valdepuentes, vital, años más tarde, a la hora de elegir el emplazamiento de la hermosa, brillante y perfumada Medina Azahara. Todo mutable, menos el murmullo y el poder vivificante del agua, las raíces de esa nuestra esencia que, en efecto, nadie nos puede quitar.

Gracias otra vez, Rafa, por prestarme el título, inspirar estas reflexiones y darnos una lección de sensibilidad. ■

* Catedrático de Arqueología. UCO